



La culpa es de

Cupidido



Vanessa Lorenz





La culpa es de cupido

Vanessa Lorrenz

Agradecimiento

A ti que estas detrás de un celular, una computadora o un aparato de lectura electrónica, a ti lector, que has decidido darle una oportunidad a mi relato, para ti miles de gracias.

¡Feliz día del amor y la amistad!

Título: La culpa la tiene cupido

Portada: Vanessa Lorrenz

©2018 Vanessa Lorrenz

Todos los derechos reservados

1ª Edición: Febrero, 2018

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son producto de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor.



Capítulo 1

Jane miraba de nuevo su reflejo en el brillante espejo de su habitación, todo era más aburrido desde que Regina no estaba a su lado. Aún recordaba el día en que llegó por primera vez al cielo, Regina fue la primera que le tendió la mano y la ayudo a convertirse en el ángel que era. Sólo que esta vez todo era diferente; porque por romper la regla principal del cielo, Jane estaba castigada, al parecer por dos eternidades.

Suspiró recordando a Erick, su primer encuentro fue como una bomba explosiva, ningún hombre la había hecho sentir de ese modo. Incluso cuando estuvo casada no sintió ese deseo irrefrenable de estar al lado de su esposo. Pero tal vez se dirán de que habla está loca, bueno les comenzaré por comentar algo sobre Jane.

Jane realmente no esperaba encontrar el amor a tan temprana edad, pero cuando llegó a la universidad, conoció a un hombre tan maravilloso que la cautivó por completo. A pesar de que ese hombre era uno de sus profesores, ellos no le dieron importancia a los prejuicios sociales y se casaron cuando Jane terminó la universidad. Paul era un hombre formidable, pero tenía un enorme defecto; no lograba dejar que su madre viviera sola, así que cuando se casaron tuvo que irse a vivir con su esposo y si, también con la odiosa de su suegra.

Y no crean que todo fue color de rosa, ¡no!, Violeta que era como se llamaba la vieja bruja, era una autentica arpía, de esas arpías que odias al instante.

Nunca cesaba en el empeño de querer destruir su matrimonio, cuando al primer año de matrimonio vio que Jane no estaba embarazada, dejó de decir que su hijo se había visto obligado a casarse con ella porque había quedado embarazada; pero después siguió con el malintencionado comentario de que no servía como mujer, porque aún no le daba un heredero a su hijo, como su tuvieran muchos bienes materiales o pertenecieran a la realeza. Pero esa mujer no tenía ni idea de que en cuanto le levantaran el castigo se vengaría de ella, pero bueno se estaba desviando del tema, pasaba por alto cada maldita amenaza de su suegra, todo porque amaba a su hijo. Hasta que el fatídico día llegó, la verdad es que ella no se enteró de nada. Jane manejaba tranquilamente por las calles de California, con dirección a su trabajo, cuando un fuerte estruendo la sobresalto, y así, en un abrir y cerrar de ojos su vida en la tierra había terminado, y digo en la tierra porque en cuanto recobró el conocimiento se dio cuenta de que algo extraño pasaba. Todo era blanco y resplandeciente, caminó por un extenso pasillo hasta que llegó a una puerta, con todo el miedo del mundo se acercó y la abrió, dentro había varios escritorios y detrás de ellos personas con alas, cosa rara no creen, por lo regular las personas que están al servicio público detrás de un escritorio

parecen demonios, no ángeles.

Vio que una gran pantalla decía el turno y el escritorio donde deberían pasar, varias personas estaban sentadas en unas sillas blancas, todos parecían que no tenían ni idea de lo que sucedía en ese lugar, se acercó al aparato que daba los turnos, y oprimiendo un botón, apareció un boleto con el número de pase.

Se sentó a esperar su turno, aún cabía la esperanza de que estuviera en el hospital, aparentemente no tenía ninguna lesión, pero era mejor asegurarse; cuando llegó al escritorio después de mil turnos por delante, era obvio que algo no era normal, vale los hospitales del servicio público eran un asco, pero de ahí, a que te dijeran que estabas muerta y que a partir de ese momento serías un ángel, había mucha distancia.

Los primeros días no los pasó muy bien, bueno de hecho no podía parar de llorar hasta que Regina, que era un alma suspendida le dijo que la vida seguía, y le enseñó que estar muerta también podía ser divertido. Pensando en su amiga, sacó de uno de los cajones de su tocador, el disco con el manual del ángel perfecto que según Regina comenzaría a comercializar para hacerse rica, con ese manual Jane aprendió todo lo que se tiene que saber sobre ser un ángel, y de verdad era muy bueno, únicamente le faltaba un capítulo que añadir, y ese no era otro que el de cómo vivir enamorada de un hombre que aun respira en la tierra.



Capítulo 2

Todo comenzó una bella y soleada mañana, bueno a lo mejor no estaba tan soleada, y lo que era peor, ni siquiera era tan bella, pero en fin, no les podía parecer bella una mañana cuando se tuvieron de levantar a las cinco de la mañana para salir y tratar de evitar que Erick Lamber asistiera a una reunión muy importante donde por desgracia perdería la vida.

Idearon un plan, que según Regina era infalible, Jane pensaba que lo mejor era que lo secuestraran pero su amiga no opinaba lo mismo, al principio se imaginaron que era un viejecito el que aparecería dentro de un hermoso auto, incluso llegó a pensar que el auto compensaba la impotencia que seguro padecía, pero nada más lejos de la realidad.

El hombre que salió de un jaguar último modelo, era... ¿cómo lo diría?...era

demasiado, sí demasiado, demasiado guapo, demasiado rico, demasiado inteligente, demasiado todo, su único problema es que tenía un carácter de los mil demonios, eso combinado con su cabello rubio, su estatura de uno noventa, y por si eso no fuera poco era dueño de una farmacéutica de prestigio, era la combinación perfecta para la locura.

Y loca la dejó, el plan trazado decía que tenían que fingir un accidente para que Erick se hiciera cargo de Jane, de esa manera ella evitaría que el saliera de casa, ¡y vaya que lo logro!, aunque para eso tuvo que romper con la regla número uno de los ángeles, no tener ninguna relación con las personas vivas, el fin de semana que pasaron juntos fue maravilloso, aunque Erick pensaba que ella era una caza fortunas, Jane no pudo resistir el deseo de tocar sus labios recordando el dulce beso que él le había robado después de gritarle a la cara que la detestaba.

Pero estaba segura de que no la detestaba en absoluto, porque la había besado con tanta pasión que terminaron haciendo el amor, sobre la alfombra, sobre el sofá, sobre la mesa, de nuevo sobre la alfombra, sobre la encimera, sobre el piano, y ya les comenté que sobre la alfombra lo hicieron de nuevo. Si, bueno pues esa alfombra la tenía grabada en la piel. Pero como todo lo bueno no puede durar, Regina y ella fueron llamadas para rendir cuentas por sus malos actos frente al todopoderoso. Desde ese día no había vuelto a saber nada de Regina, su superiora, la mando a llamar para decirle que estaría castigada por desobedecer una de las principales normas del cielo, así que estaba recluida en la oficina de papeleo.

Sí, papeleo y más papeleo, se dedicaba exclusivamente a tramitar todo el papeleo de los que en vida fueron cobradores de las instituciones, los malvados pensaban que no hacían nada malo, pero eso de llamar un domingo por la mañana no era de dios, así que tristemente eran dirigidos al infierno,

pero como no podían ir todos, bueno, a ella le tocaba seleccionar quien sí, y quien también.

Su jefa era una rubia despampanante que era una adorable desgraciada la muy maldita, según ella estaba deseando desaparecerla, le dijo muy amablemente la muy zorra, que estaba hasta las narices de que le enviaran a las torpes de la tierra que cometían errores, sí, de esa manera, la muy maldita la mataba trabajando, mientras ella únicamente se revisaba su manicura, estaba deseando que algo le pasara para que no asistiera al trabajo, pero como era una ángel ella no podía poner el pretexto de que le dolía la cabeza, o eso fue lo que le dijeron porque de noche le daban terribles punzadas mientras en sueños veía a Erick mirar por la ventana de su enorme departamento pensativo. Otras veces veía a su esposo mientras reía al lado de otra chica, bueno no de otra chica, para ser más exactos reía al lado de su vecina.

Esas visiones le dejaban agotada, el único consuelo era que eran tan reales que incluso sentía que podía tocar a Erick, pero no era cierto, sólo era producto de su imaginación. Cuando lo tocaba sin que el se diera cuenta, sentía un estremecimiento que incluso la hacía llorar de anhelo, pero no podía decir a nadie que tenía esas alucinaciones, porque el castigo tal vez sería peor, y ya con soportar a la urraca de su jefa, era más que suficiente.



Capítulo 3

El sello rojo que decía infierno, ya casi se le estaba enterrando en la mano de tanto que la había usado ese día, ¡vale! ni siquiera se había detenido a analizar los documentos, sólo sellaba y sellaba sin ton ni son. La puerta de su oficina abriéndose de golpe la sobresalto de su ardua tarea y ahí estaba la urraca con patas y cara de demonio.

—Tú—le dijo y por su tono no estaba nada contenta—como te atreviste a enviar a mi madre al infierno.

— ¿Tienes madre? —preguntó asombrada, estaba segura que esa urraca no tenía ma... digo progenitora.

—Te crees muy graciosa, pues déjame decirte que esto lo vas a pagar muy

muy caro, ¿me oyes?—dijo gritando como una loca demente.

—Si te oigo, que no estoy sorda, así que bájale dos rayitas a tu maldito humor. Cuando se te sube el ph no hay quien te aguante.

— ¿El ph, que tiene que ver eso?—gritó la loca aquella sin hacerle ningún caso.

— ¡El pinche humor que te cargas! Y no vuelvas a amenazarme.

—Eso puedes jurarlo, porque no volveré a amenazarte, he pasado mi reporte a los superiores, y han decidido cambiarte de área, a ver si en esta si duras.

¿Qué quiera decir con eso? ¿No la estaría despidiendo verdad?, porque ella únicamente era un ángel inofensivo que se dedicaba a lamentarse de su mala suerte. ¡Vale!, tal vez estaba un poco gruñona, pero es que seguro que estaba en época de ovulación, y por ese detalle se les perdona a todas las mujeres que se pusieran tantito gruñonas.

—No entiendo que quieres decir, no he cometido ningún delito por el que se me pueda acusar.

—Tu delito ha sido tocarme las narices, aparte de ser estúpida, recoge tus cosas que te iras a tu nueva oficina en el piso de abajo, tonta. Oficina c2, piso de abajo, apresúrate o tendrás tu primer retardo tarada.

—Maldita hija de satanás—dijo cuándo la puerta ya estaba cerrada, ni de loca se lo diría a la cara, esa bruja del mal era capaz de convertirla en sapo nada más por simple capricho.

Comenzó a recoger sus cosas que por otro lado tampoco eran tantas, de hecho si lo miraba con detenimiento no tenía ninguna pertenencia en esa oficina, pero no se iría de ese lugar con las manos vacías, no señor, tomó el sello que

tanto detestaba y salió de la oficina antes de que alguien viera que se estaba llevando los suministros de trabajo.

Caminó por el blanco pasillo hasta llegar al ascensor reluciente, el piso de abajo nunca lo había visitado, de manera que no tenía ni idea de que se iba a encontrar. Posiblemente encontraría al mismo demonio, la urraca con patas era tan capaz de enviarla a trabajar para el diablo, que casi le estaba entrando miedo.

Sus zapatillas de tacón de aguja resonaban por todo el espacio, Regina le digo que antes muerta que sencilla, pero como ella ya estaba muerta, la verdad es que ahora le tocaba ser divina. Se preparó mentalmente para encontrar lo peor, posiblemente la enviaría a trabajar con los de sacristía y consagración, pero eso no podía ser porque ella ya había estado trabajando ahí, y la terminaron corriendo del lugar por tomarse todo el vino de consagrar. Sí, lo sabía estaba mal, pero es que estaba realmente delicioso, y no lo pudo resistir.

Bueno el chiste es que todo empezó con un chupito al que le siguieron como treinta, la verdad perdió la cuenta cuando iba en el número tres, pero obvio el piso de abajo no podía ser el de sacristía porque ese estaba en el penúltimo piso. Había llegado el momento de saber a qué se enfrentaba, no podía ser muy malo ¿verdad? Tocó suavemente la puerta de la oficina, y la voz que le indicó que pasara no le sonaba de nada. Pero por lo menos no estaba frente al demonio, así que mucho más relajada, sonrió colocando un mechón de cabello que se había soltado de su coleta.

—Hola, hola nuevo jefe—dijo quedándose de piedra cuando vio quien estaba detrás del enorme escritorio. En lo único que pudo pensar fue: «No me jodas»

Capítulo 4



¡Cupido! ¿En serio? No, esa era una broma pesada, ella no quería ser ayudante de cupido, nunca fue una buena celestina, de hecho le costó una eternidad conseguir esposo, y de Erick ni hablar, prácticamente se había aprovechado de él, no eso no, ella no estaba para andar lanzando flechitas sin ton ni son, y ni hablar de andar con un pañal enorme cubriendo sus partes íntimas, no, se negaba en redondo a tener que hacer semejante ridículo.

¡Cupido!, y para colmo de males cupido estaba buenísimo, sí lo sé, suena raro tenemos idealizado a un pequeño querubín en pañales lanzando flechas, bueno este cupido es un querubín pero de esos que hacen que te den ganas de lanzárteles encima, lástima que su corazoncito de pollo sólo latiera por un ogro farmacéutico. Sonrió al pensar en Erick resoplando de disgusto. Odiaba

tener que estar muerta, vale que si estuviera viva tampoco lo hubiera conocido pero como extrañaba a ese hombre.

— ¿Y bien? Has bajado ya de tu nube angelito—dijo cupido sarcástico, si no fuera por ese cabello castaño, los ojos azules, y la sonrisa de pastel dental; lo molería a golpes, quien se creía ese cretino.

—Mira pañalitos, no me hables en ese tono —dijo apuntándolo con el dedo amenazándolo, estaba bien que estaba guapito pero no le daba derecho a tratarla como una boba— ¿Qué se supone que tengo que hacer? Lanzar flechas a los traseros de las personas.

—Exactamente eso angelito—ante sus ojos apareció un arco con flechas, las cuales en la punta llevaban un enorme corazón, debería ser una broma de ese idiota de cupido—pero no a cualquier gente, yo te daré una lista y flecharas a las personas que están relacionadas.

—Bueno tampoco es tan difícil pañalitos, no puedo creer que necesites ayuda para eso.

—Es que no sabes cómo funciona esto, tienes que hacer que se encuentren las parejas, y tiene que ser casual, nada de citarlos a los dos en el mismo lugar; no, tiene que parecer que fue un giro del destino, ya sabes para que la gente pueda contar su historia de amor por generaciones, así que tiene que ser memorable.

Resopló pensando que odiaba su nuevo trabajo, casi prefería estar a las órdenes de la urraca con patas. No, definitivamente no estaba para ver a las parejas de enamorados, no, no, y no.

—Y qué pasa si me opongo a realizar este trabajo.

—Jane, Jane, Jane—el muy idiota incluso sonreía con suficiencia—si te

niegas, iras al averno de inmediato, esta es tu ultima oportunidad. Aunque me han dicho que ahí es un lugar muy cálido, ya sabes, igual y a lo último sí que es tu ambiente.

—Púdrete pañalitos, haré este trabajo tan bien, que me rogaran que ocupe tu lugar.

Vale, era un farol más que una amenaza, pero ese niño pañaludo no le iba a amargar la existencia. Si pensaba que ella era una delicada florecilla, estaba muy equivocado.

—Más quisieras angelito, te reto a que en menos de una semana estarás llorando por los rincones pidiendo a gritos regresar a tu antiguo puesto.

— ¡Dame la maldita lista de una buena vez! Y el que estará llorando por recuperar su puesto serás tú... pañalitos, seré la mejor cupido que ha existido en la historia. Ya no aparecerá tu foto en pañales en las tarjetas del día de san Valentín, no señor, ahora aparece mi foto, y será divina. Prepárate porque esto es la guerra.

Tomó la lista que el fastidioso cupido le tendía, y salió resoplando de la oficina, no tenía ni una maldita idea de cómo lograría ser el mejor cupido de la historia. Pero de que lo lograría, lo iba a lograr. Estaba a punto de cambiar el rumbo de la historia para siempre, claro que tal vez fuera más fácil decirlo que hacerlo, más cuando le dio un vistazo a la maldita lista.

Escrito en primer lugar estaba un nombre que casi hace que su corazón se le saliera del pecho, el último nombre que ella quería encontrar en esa lista obviamente. Erick Lambert encabezaba la lista, y junto a su nombre el nombre de Kate Cameron.



Capítulo 5

¡¿Quién demonios era Kate Cameron?! ¡Y de dónde maldita sea había salido!, vale para ser un ángel, soltaba demasiados insultos, pero es que no era para menos, su Erick, estaba a punto de ser flechado por cupido, no, eso no lo podía permitir. Pero es que era una broma de mal gusto, seguramente ese maldito de cupido sabía que ella estaba enamorada de ese hombre y lo había hecho por venganza.

Tal vez, la urraca le comentó algo al pañaludo, sí, eso era lo que pasaba, posiblemente si ella no hubiera escrito en las esquinas de los informes que entregaba corazones con su nombre y el de Erick, puf, de saber que esos dos armarían un plan en contra de ella los hubiera matado hace tiempo.

Al día siguiente estaba instalada en el mismo departamento donde vivía con

Regina, Jane suspiró de alivio, lo volvería a ver, tal vez únicamente fueran unos instantes, en lo que ella disparaba la flecha para entregarlo a los brazos de otra mujer, pero atesoraría esos cinco minutos para que le duraran por la eternidad. Únicamente de pensarlo se le erizaba la piel.

Esa noche no logró dormir nada, y en los poco momentos de sueño las punzadas en la cabeza la mataban de dolor, imágenes de Erick abrazando a una rubia espectacular la mataban lentamente, mucho más que las punzadas. Al otro día tendría un aspecto fenomenal. Lo comprobó nada más verse en el espejo después de salir de la ducha, por suerte le habían dejado el aspecto anterior, su melena pelirroja ligeramente ondulada, estaba brillante después de ponerle suficiente crema hidratante, se vistió con un ligero vestido de gasa en color rojo, sí, si tenía que suplir al pañaludo lo haría con estilo.

Se maquillo ligeramente pero las ojeras eran difíciles de disimular, ni modo por ese día le tocaría usar las gafas de sol. Se acercó al aparador de la entrada y casi brinca de la emoción cuando descubrió las llaves del auto de Regina, en el fondo del pequeño contenedor había un papel doblado, lo abrió con las manos temblorosas, para después sonreír, un número de teléfono y una dirección estaba anotado ahí. Si, el número de Regina.

Mucho más animada porque tenía donde localizar a su amiga, se subió al auto con camino a los laboratorios Lamber, por lo menos no tenía que pasar por ese trago amargo sola. Tal parecía que nada había cambiado desde el día que estuvo ahí, en ese mismo estacionamiento, suspiró mirando el hueco vacío donde seguramente Erick estacionaría su automóvil, estuvo así por lo menos unas dos horas, extrañada de que no llegara, se suponía que era muy puntual, pero casi daban las diez de la mañana y nada que llegaba.

Extrañada se bajó del auto y comenzó a caminar hasta llegar a la recepción del laboratorio, seguramente ahí le dirían donde estaba. Una chica detrás del

mostrador con sonrisa de dentífrico le dio la bienvenida.

—Disculpa guapa, necesito ver a Erick Lambert. —la chica la miró apreciativamente como evaluando seguramente si no era más que una amiguita de su jefe.

—El señor Lamber por el momento no está, desea dejarle un recado.

— ¡¿Cómo que no está?! Teníamos concertada una cita. —dijo gritando a los cuatro vientos, si no le dejaba pasar era capaz de derribar toda la recepción hasta encontrarlo.

—No se alteré señorita, el señor Lambert está de viaje de negocios, regresa el día de mañana, tenía una cita para asuntos de negocios, o para la entrevista de trabajo.

¿Entrevista de trabajo? Era demasiado bueno para ser cierto, esa era su oportunidad para entrar en el laboratorio y tratar de enamorar a ese hombre con la señorita Kate Cameron.

—Si de hecho estoy aquí para la entrevista de trabajo.

—Bien—dijo la morena detrás del mostrador, entregándole un pase de visitante, para después mirar su atuendo, como no creyendo que ella pudiera realizar ninguna actividad—tomé el pasillo a la derecha hasta el fondo, ahí está recursos humanos.

Trató de recordar todo lo que habían enseñado para salir victoriosa en una entrevista de trabajo, sería fácil, seguramente era para ser asistente o secretaria de Erick, y de esa manera estaría más cerca de él.



Capítulo 6

¡Vale! Nada estaba saliendo como ella lo había pensado, para empezar, tuvo que decirle adiós al fantástico trabajo de secretaria o asistente, y darle la bienvenida a la cubeta y al trapeador, sí, el empleo era para chica de limpieza. Pero era eso o nada, de hecho el jefe de recursos humanos la despachó casi al instante de que entró en la oficina, diciendo que si lo que quería era entrar ahí para tratar de meterse en las sabanas de él jefe estaba perdiendo el tiempo.

Jane muy astuta, se acercó a él mirándolo fijamente, ordenándole muy despacio que comenzara a elaborar el contrato para que iniciara a trabajar al instante. Y bueno casi sintió un triunfo cuando le entregaron sus implementos de trabajo, que consistían en un hermoso carrito donde pondría las cubetas, y demás enseres de limpieza, le entregaron un uniforme en color

gris, que la hizo fruncir el ceño, eso parecía casi salido de una cárcel, pero bueno quien era ella para criticar los uniformes de la empresa. De hecho a Jane le convenía pasar desapercibida en ese lugar, de esa manera vería en la lejanía a Erick y se marcharía después de realizar su tarea. Bueno al mal pasó darle prisa, pensó mientras se cambia su hermoso vestido rojo, por aquel enorme mono de limpieza, para rematar su atuendo sofisticado le entregaron unos zapatos de goma, y una gorra, bueno si quería pasar desapercibida lo lograría con creces, Erick no la reconocería ni a centímetros de distancia.

Aparentemente limpiar los pisos del laboratorio era sencillo, en la empresa había cuatro personas dedicadas a la limpieza, pero ella por ser la nueva, le designaron la limpieza los pisos. En alguno momento de sus vidas pasadas limpió su departamento, así que no era tan difícil. La habían llamado para que fuera a limpiar el líquido que alguien había derramado, la gente de vez en cuando podía ser tan torpe, llegó corriendo hasta la entrada, para comenzar a limpiar el desorden, cuando escuchó un nombre que la dejó paralizada. La recepcionista acababa de llamar a Kate Cameron, para que se levantara de los sofás donde los visitantes esperaban, no quería voltear, no, definitivamente no quería voltear a ver qué cara tenía su rival, tanto como rival no era, es más debería de estar saltando de gusto porque al parecer no le iba a costar mucho su primera misión como cupido.

Pero por mucho que intentaba no voltear, no pudo con la tentación, giró la vista para quedarse de piedra al ver de quien se trataba, la urraca con patas estaba sonriendo mientras le entregaban un pase. Era...era... una maldita zorra, nunca en su vida había conocido a alguien tan rastroso. Sus miradas se cruzaron un segundo, fue sólo un instante pero pudo ver claramente que la urraca con patas lo sabía todo. ¡Era una maldita! Por dios por culpa de esa mujer había dicho más groserías que en toda su vida.

La vio caminar por el pasillo hasta llegar a un ascensor, la muy descarada incluso llevaba un traje de firma súper ajustado, en color perla, su cabello rubio brillaba con el reflejo de las luces, ¡Era una maldita en definitiva! Era el ser más despreciable que existía en la tierra y en el cielo.

Necesitaba con urgencia saber que se proponía esa arpía, en cuanto pudiera ponerle las manos encima le retorcería su estilizado cuello ¡Como que se llamaba Jane! Vio que el ascensor marcaba el número seis, así que se dirigía al último piso. ¿Qué demonios tenía que hacer en el último piso?, no, pero Jane no se iba a quedar con la duda, terminó de limpiar el desperfecto y se encaminó por las escaleras, si subía al ascensor alguien la detendría. Cuando iba en el tercer piso se dio cuenta de que necesitaba condición física, le estaban comenzando a doler los pies. Ese simple pensamiento la hizo detenerse en seco, ella no podía sentir dolor, por el simple hecho de que estaba muerta. Se pellizcó un brazo y sintió el dolor, pero tenía aun las facultades de un ángel. Tal vez la urraca con patas le aclarara todo. Porque le estaba comenzando a inundar el pánico, si sentía el dolor también era posible que muriera de nuevo.

Llegó al piso número seis casi costándole la vida y dejando el hígado en las escaleras. Escuchó voces en una oficina, y no es que ella fuera cotilla o algo así, no de ninguna manera, pero la voz de la urraca la detuvo en el acto.

—El jefe no se encuentra en estos momentos, pero ha dado órdenes de que le instalemos en esta oficina señorita Cameron—escuchó la voz de un hombre, y si no se equivocaba era el mismo insufrible de recursos humanos. Y a ella la había tratado como una cucaracha.

—Muchas gracias, es muy hermosa, seguro estaré a gusto aquí.

—Bienvenida a su nuevo empleo señorita Cameron.



Capítulo 7

Bienvenidas a su nuevo trabajo, ¿sí, cómo no?, ¡estúpido el de recursos humanos! La gran incógnita era cómo demonios soportaría emparejar a su exjefa, con el hombre que hacía que sus piernas literalmente se convirtieran en gelatina. Necesitaba la ayuda de una experta en el tema. No, si en el cielo se estaban volviendo locos. Se escondió detrás de un pilar en cuanto el jefe de recursos humanos salió de la oficina dejando sola e indefensa a la urraca con patas.

Se acercó mirando a todos lados para verificar que nadie la estaba viendo, estaba a punto de abrir la puerta cuando esta se abrió de golpe.

—Te estaba esperando Jane—la muy malvada sabía que se había dado cuenta de todo y no trataba de ocultar nada.

—Esto debe ser una broma pesada, ¿por qué tú?

—Los altos mandos han decidido darme otra oportunidad, ya sabes, por mi buen desempeño laboral de las últimas semanas.

— ¡¿Qué?! —eso sí que no, estaba loca si creía que ella dejaría que tan campante se quedara con su Erick.

—Cómo lo oyes, gracias a mi buen desempeño han decidido que me darán otra oportunidad de rehacer mi vida, claro con otro nombre, pero aquí estoy, esperando conocer al amor de mi vida.

No, no y no, definitivamente no le podía pasar eso a ella, no, se negaba en redondo a terminar de esa manera. Prefería verlo con cualquier otra mujer menos con la urraca, no, definitivamente la mataría primero si era necesario.

—Y como sabes que vas a conocer al amor de tu vida.

Las palabras exactas de cupido fueron: «tiene que parecer casual, y chalala, chalala», pero entonces por qué la urraca sabía todo.

—Digamos que le hecho...ciertos favores a cupido—dijo relamiéndose los labios, ¡puaj! , en verdad dijo eso, ese pañaludo cada vez tenía las horas contadas.

—Eres una descarada, sabes que te han dado esta oportunidad porque yo realice el trabajo que tú deberías hacer. ¡Es a mí, a quien deberían de dar otra oportunidad!

—Y quedarte con el farmacéutico, no linda, ese hombre va a ser mío, así que más te vale tener buena puntería con las flechas, de otra manera pasaras la eternidad en el infierno. —dijo hablándole como si fuera una niña de cinco años que no entiende nada.

—Me han dicho que es un lugar muy cálido— replicó en tono sarcástico. No pensaba dejar que esa mujer la intimidara, antes ardería por toda la eternidad, aunque pensándolo bien, si tenía que pasar toda la eternidad en ese lugar, igual y mataba a esa mujer de paso—igual y te sucede un accidente y mira, me voy muy a gusto al lugar que dices.

—No me retes angelito, porque no sabes de lo que soy capaz.

—Crémelo urraca, se perfectamente de lo que eres capaz. Por eso no condenaré a Erick a pasar una vida a tu lado.

—Eso está por verse, esto es una guerra sin cuartel, pero por tu bien más te vale hacer las cosas de la mejor manera posible. O es que quieres aparecer flotando en el caño de aguas negras. Conozco tu debilidad.

Su corazón comenzó a acelerarse, si esa bruja sabía que tenía esos dolores de cabeza era capaz de utilizarlos, tenía que fingir que no le pasaba nada, antes de que un auto la arrollara por accidente.

Salió de la oficina más furiosa de lo que nunca lo había estado, necesitaba desahogarse con alguien, por suerte sabía quién era la persona indicada para consolarla en un momento como ese. Bajó por el ascensor, ni loca volvía a caminar por seis pasillos inundados de escaleras. Tomó desesperada el pequeño papel con la dirección a la que se dirigiría, su mundo de pronto estaba de cabeza.



Capítulo 8

La casa que tenía frente a ella era todo un sueño, por lo menos para cualquier mujer que se quisiera establecer en un lugar seguro, para formar una linda familia al lado de un esposo amoroso, y chalala, chalala. ¡Vale! que estaba bonita la casa. Subió los pequeños escalones que la llevarían a la portal de la casa, pensando que tal vez había sido un error llegar sin siquiera haber llamado a Regina, pero ya estaba ahí, y no pensaba echarse para atrás, necesitaba ayuda urgente. Tocó el timbre de la casa pero no salía nadie, estaba a punto de dar la vuelta, cuando la puerta se abrió dejando ver a Regina, que la miraba con los ojos muy abiertos.

—Jane—dijo reaccionando antes que ella, pero es que no se esperaba encontrarla de esa manera, cuando regresaron al cielo para dar cuentas de lo

que habían hecho, ni siquiera tuvieron oportunidad de despedirse, es más las aislaron por completo.

Y ahora la tenía ahí, frente a ella, son sus risos rubios brillantes, mientras acariciaba descuidadamente su enorme vientre, estaba claro que su amiga había tenido todo el tiempo del mundo y en definitiva no lo había desaprovechado.

— ¿Regina?—preguntó cautelosa, estaba claro que sí que era la Regina que ella había conocido, pero no entendía nada.

—Jane, dime que no es sueño—dijo acercándose a ella, agarrándola de la mano—no sabes lo preocupada que estaba por ti, no sabía que es lo que te habían hecho. Pregunté por ti pero la superiora no quiso darme ningún informe.

—Estoy en un problema Regina, pero primero necesito que me expliques que paso contigo, ¿cómo fue que estas así?—dijo señalando su evidente embarazo, a lo cual Regina alzó una ceja, ¡vale! no quería que le explicara el proceso, pero como era posible que tuviera una vida normal.

—Ya sabes lo superiores me dieron una oportunidad, aunque primero me hicieron pasar por una prueba de fuego.

—Y te devolvieron tu vida, no es justo, ¿Por qué a mí me dejaron castigada? He estado sufriendo todos estos meses la ausencia de Erick.

—No comprendo porque te hicieron eso, de verdad, cuando me dejaron regresar para comenzar mi vida, pensé que te darían otra oportunidad, en algún lugar del mundo. Pero sabía que volverías al lugar donde estuvimos juntas, así que dejé mis datos por si regresabas.

—Me han tenido recluida en diferentes áreas, pero el trabajo más

insoponible fue el de realizar el papeleo, la urraca con patas no dejaba de cargarme la mano con sus tareas y ahora resulta que a ella sí que le dan una nueva oportunidad—exclamó a bocajarro, no soportaba las punzadas en la cabeza, le dolía demasiado que incluso se estaba poniendo pálida y se comenzando a marear—y esa estúpida mujer me ha enviado a trabajar para el pañaludo de cupido, ese estúpido y la urraca me han tendido una trampa, quieren que fleche a Erick para que se enamore de una tal Kate.

—Jane me estas asustando, pasa a la casa para que te recuestes porque estas a punto de desplomarte.

Como pudo su amiga la ayudo a pasar a su casa, en cuanto la recostó en el sillón de la estancia se agarró con todas sus fuerza la cabeza para tratar de mitigar el dolor, quería arrancarse los cabellos del sufrimiento.

—Te voy a dar un analgésico, aunque no es lo más recomendable, pero espero que el dolor se pase un poco, de otra manera no sé qué podemos hacer.

Se tomó dos de las pastillas que le tendía su amiga, cerró los ojos esperando que el dolor cediera porque de otra manera se volvería loca. Después de lo que le pareció una eternidad el dolor comenzó a remitir, era un alivio que el medicamento si diera resultado. Se levantó comenzado a masajearse la cabeza, esta vez no había tenido ninguna alucinación, esta vez únicamente era el dolor lacerante que no la dejaba ni respirar.



Capítulo 9

Regina la miraba muy preocupada, para alivio de todos después de unas horas el dolor de cabeza ya no estaba.

— ¿Qué se supone que estás haciendo aquí Jane?

—En cuanto nos separaron a mí me castigaron realizando trabajos horribles, después estuve un tiempo en el papeleo, para terminar trabajando para el estúpido de cupido. ¡¿Te lo puedes creer, yo de celestina?! Lo malo fue que me dijo que si en el transcurso de una semana no lograba emparejar a todas las parejas de una lista que me dio, entonces el castigo sería; pasar toda la eternidad con el de abajo.

—Y porque estas tan alterada, creo que no te he visto así desde que llegaste

al cielo, incluso en ese momento te tomaste todo de la mejor manera.

—Porque de alguna manera se enteraron de lo que sucedió con Erick, y el pañaludo junto con la urraca se han puesto de acuerdo, y a la urraca le han dado otra oportunidad de vivir su vida, ahora quieren que yo los fleche para que se enamoren. Con mi Erick, están locos.

— ¿Y por qué precisamente tú? Es como si se hubieran quedado sin personal.

—No lo sé, pero Erick regresa mañana, y la urraca ya está instala en su nueva oficina, al parecer va a trabajar con él, no tengo ni la más mínima idea de lo que haré. —dijo pasando sus manos por sus ojos en señal de frustración, no quería y no podía dejar que esa mujerzuela se quedara con su amado.

—Nada—escuchó que le decía Regina como si le estuviera dando la hora.

— ¿Cómo que nada? ¡Estás loca! No puedo dejar que se quedé con Erick, es mío, no lo puedo permitir.

—Tu castigo será peor.

Vaya que si su castigo sería peor, tanto que podía pasar toda la eternidad en una completa desolación, o bailando el limbo en el infierno, pero cualquiera de las dos opciones no incluían a Erick y Jane se negaba a perder esa batalla, no, eso sí que no, ella no era una débil, así se tuviera que enfrentarse al todo poderoso, ella se quedaba con ese hombre como que se llamaba Jane.

—Vale, idearemos un plan—dijo Regina al ver su mirada de determinación.

Mucho más tranquila se fue a su departamento, Regina le había dicho que tenía que tomar las cosas con calma, si tomaba una decisión apresurada lo iba a lamentar toda su vida, tal vez ella quería estar al lado de ese hombre, pero

tenía que ser realista habían pasado algunos meses desde que se marchara. Y para muestra estaba su amiga que estaba felizmente casada y esperando a su primer hijo. La vida cambiaba de un día para otro, y la única ventaja que ella tenía era que tal vez Erick rechazara a la urraca. Porque vamos, esa mujer no era ninguna perita en dulce.

Esa noche no durmió mucho, y eso que prácticamente se había drogado con el medicamento, en su vida había tomado analgésicos, y ese día ya llevaba cuatro. Por la mañana se tuvo que dar una ducha con agua fría para que se le despejaran las ideas. Estaba dividida entre si realizar su trabajo y marcharse de ahí sin que Erick notara su presencia, o luchar, luchar y luchar, comenzaría arrancándole los cabellos a esa odiosa de Kate alias la urraca. Y después la arrastraría por todas las calles de la ciudad, ¡claro que sí!

Pero como todo, en su mente las imágenes eran más fáciles de realizar, porque ahora ahí parada en el pequeño depósito de limpieza se preguntaba ¿cómo demonios iba a reaccionar cuando Erick la reconociera?

Las manos le estaban sudando de los nervios, no era normal que una persona sufriera de escalofríos de sólo pensar en encontrarse con el amor de su vida ¿verdad?

Estaba limpiado el pasillo central cuando los empleados comenzaron a ponerse tensos, apurándose llevar a cabo sus tareas, su corazón comenzó a palpar más fuerte, sabía que el llegaría en cualquier momento pero eso no evitaba que casi se le cayera de las manos el trapeador con el que estaba trabajando.

Giró su mirada para verlo por un segundo, únicamente sería un segundo, y nada más. Él pasó a su lado sin siquiera girar su rostro, estaba mucho más guapo si eso era posible, de reojo vio como una de las empleadas que estaba

cerca de ella suspiraba por él, así que tomando un rociador de agua se dispuso a limpiar el polvo inexistente del rostro de la chica, mientras el amor de su vida pasaba a su lado sin siquiera mirarla por un momento.

Se suponía que si sentía algo por ella tenía que sentir su presencia en cualquier lugar, entonces ¿qué demonios había pasado?, debería de dejar de leer tantas novelas románticas, porque le estaban alterando las ideas.



Capítulo 10

Bien, el primer encuentro no salió como ella lo esperaba, pero vamos tampoco se le podía llamar encuentro, Erick no miró en su dirección; de manera que no contaba como encuentro.

Se moría de los nervios por saber cómo reaccionaría al ver a la urraca con patas, casi estaba suplicando que sintiera un rechazo absoluto por ella, ese día no tuvo el placer de verle la cara a la muy zorra, así que deducía que ya estaba instalada en su oficina, mientras trapeaba el piso del edificio.

¿Qué haría? Era la pregunta que se repetía mil veces, necesitaba verlo, hablarle. Pero ¿cómo? Se mordió el labio pensando en cómo actuar, estaba claro que siendo una simple empleada limpia pisos él nunca se fijaría en ella. Tenía una idea pero le daba miedo llevarla a cabo, ¿y si salía mal? Vale, ella

no era una cobarde, así que al mal paso darle prisa.

Subió por el ascensor porque ni loca subía de nuevo los escalones, amaba demasiado a ese hombre, pero amaba más sus pies. Aparte sus pies la habían sostenido desde que tenía recuerdos y ese hombre le podía dar una patada y sacarla de su empresa. Tan distraída en sus pensamientos estaba que no se percató de que llevaba aun su trapeador en la mano.

Sabía que la urraca en cuanto lo viera le pondría sus garras encima, pero ahí estaba ella para salvarlo, vale como cupido era un asco; pero es que la culpa la tenía él, a quien se le ocurría enviarla a ella a flechar a las personas. Echó un vistazo a la oficina de su jefe, y por supuesto no estaba ahí, así que estaría con la fulana aquella, perfecto más que perfecto. Se acercó a la oficina pero no escuchaba nada, las voces de ellos se escuchaban amortiguadas por la puerta, era como si de repente estuvieran susurrando algo.

Y tal vez fueran susurros pero reconocería la risa de la urraca patona donde quiera que estuviera, Dios la castigaría por tantas veces que la había llamado de esa manera, y por haber dicho tantas groserías, de manera que estaba condenada a pasar la eternidad en el infierno, un pecadillo más no importaba.

Sin llamar si quiera abrió la puerta para sorprenderlos en el acto. Tal vez lo mejor es que no lo hubiera hecho, la urraca prácticamente estaba absorbiéndole hasta las amígdalas a Erick, ¡su Erick! Esa zorra del demonio tenía las horas contadas. El sobresalto de la puerta provocó que ambos se separaran, Kate alias urraca con patas, la estaba mirando con los ojos brillantes de victoria, mientras se limpiaba con un dedo la comisura de los labios.

Su corazón se quebró en mil pedazos, seguramente todos los del edificio escucharon el crack de su tonto y estúpido corazón, eso no se lo perdonaría

nunca, vale, ella se había ido por meses, pero no fue porque quisiera. Y el ahí estaba, tan guapo como siempre besando a la primera fulana que se le entregaba en charola de plata. Miró a Erick a los ojos y supo en ese preciso instante que él no sentía nada por ella, tal vez el fin de semana que compartieron para él no había significado nada, y ella como una tonta ahí estaba arriesgándolo todo, si incluso pensaba desafiar a los altos mandos de ser preciso.

—Disculpen—fue lo único capaz de decir, una fuerte opresión en el pecho la estaba asfixiando, nunca en su vida tuvo una decepción amorosa, con su esposo todo fue tan fácil que ahora que se enfrentaba a esa situación le dolía en el alma.

Salió corriendo limpiándose las lágrimas que estaban a punto de resbalar por su rostro, ese hombre era el idiota más grande que había conocido, a la primera que una mujer se le aventaba, él muy gustoso la recibía. Alguien la detuvo en su andar, al ver a Regina ahí parada abrazándola, su llanto se hizo más intenso. Los pasos de alguien corriendo por el pasillo hicieron que su corazón se paralizara de nuevo.

—Tenemos que irnos Jane, Erick viene en esta dirección y un enfrentamiento entre ustedes en este momento no es lo más conveniente.

Comenzaron a caminar con dirección a la puerta, cuando escucharon que él las llamaba a gritos, por suerte llegaron más rápido que él al estacionamiento, y pudieron escapar de ahí antes de que las detuvieran.



Capítulo 11

Regina la miraba como si fuera una especie de bomba de relojería, y no era para menos si estaba a punto de aventarse encima de esa mujer que osaba besar a un hombre que no era suyo.

—Ahora sí, explícame qué pasó—dijo su amiga tendiéndole un vaso de agua.

—Entre porque necesitaba verlo aunque sea cinco minutos, tenía la esperanza de que en cuanto me viera, reaccionaría y me reconocería, pero el muy idiota estaba besándose con la urraca.

—¿El primer día de conocerse?

—Sí—dijo hipando como si fuera una niña de cinco años.

—Vaya que lanzado es ese hombre. Bueno pero lo que nos preocupa es que ahora sabe que estas aquí.

— ¿Qué voy hacer ahora? No me puedo arriesgar de esa manera por un hombre que no tiene ni la más mínima idea de lo que quiere.

—Eso lo tienes que descubrir tu Jane, piensa lo que vas hacer y yo te apoyaré en cualquier decisión, si decides quedarte a su lado afrontaremos las decisiones que tomen allá arriba, y si decides cumplir con tu misión, te voy a apoyar de igual manera, pero tienes que seguir a tu corazón.

— ¿El embarazo te ha puesto ñoña? —dijo provocando que rieran juntas, era como estar meses atrás en el departamento mientras ambas sufrían por no poder estar con el hombre que amaban.

—Piénsalo Jane y cualquier cosa, aquí estoy para ayudarte.

Lo único que quería era olvidarse de una vez por todas de ese hombre, porque ya no estaba tan segura de que era merecedor de su amor, tantas noches en vela dedicadas a él y resultaba que él muy infeliz estaba de lo más cómodo pasando de mujer en mujer. Al siguiente día solucionaría ese problema, ya lo tenía decidido y no había marcha atrás.

Se dio una ducha y después se metió en la cama desnuda, por esa noche no quería que nada le estorbara, quería estar libre para dejar en claro sus pensamientos y no tener ninguna duda de lo que haría al día siguiente.

El sonido de las sabanas de su cama la despertó para ver que a su lado, recostado mirándola fijamente estaba Erick, vale, tal vez eso parecería un acto medio espeluznante, pero ella únicamente podía pensar en que él estaba ahí, mirándola, igual sólo era un sueño y si ese era el caso, no se quería despertar nunca.

Acercó su mano para tocar su áspera barbilla, él acercó su rostro para acariciar sus labios con los suyos, igual que aquella vez en su departamento, y al igual que aquella noche, Jane respondió con la misma pasión de meses atrás. Es que ese hombre le hacía perder el juicio, y el norte de la situación. Era ponerle una mano encima y olvidarse por completo de todo. Lo único malo es que no sólo le puso una mano encima, no, él tenía que comenzar a recorrer todo su cuerpo como si de verdad la quisiera, como si de verdad la adorara.

No desperdiciaría esa oportunidad de pasar esa última noche a su lado, mañana tomaría sus recuerdos y terminaría de hacer su trabajo, tal cual se lo pidieron. Esa noche no hicieron falta las palabras, porque el amor a veces es así, no se necesita pronunciar ningún te quiero para saber cuánto se ama a una persona, y si de algo estaba convencida es de ella sí que amaba a ese hombre, aunque únicamente compartieran unas noches.

Pero es que nadie tenía la fórmula correcta, ni el tiempo exacto que el amor se debe de dejar concentrar, hay amores que son fugaces, aunque duraran por muchos años hasta que se apagan, y hay amores que su comienzo puede ser muy pequeño el tiempo que están juntos, pero son los cuales perduraran por una infinidad de tiempo, y el amor de ellos por lo menos en lo que a Jane correspondía duraría las eternidades que tenía que vivir.



Capítulo 12

Se giró en la cama para ver el espacio vacío, era muy tonta si pensaba que él seguiría acostado a su lado al amanecer, por un lado lo agradecía, porque lo que paso la noche anterior sirvió para que se diera cuenta de que literalmente pertenecían a dos mundos diferentes, como conseguirían que su amor superara esas barreras, y eso si hablaban de que el amor era correspondido, pero mucho se temía que únicamente para él era sexo y nada más.

Se duchó y vistió con el mismo animo de un condenado a muerte, en teoría estaba muerta, pero eso no evitaba que su pobre corazón latiera como si tuviera mucha vida por delante. Se vistió con unos jeans y un blusón, para limpiar pisos no necesitaba mucho adorno, eso sí aún tenía el empleo porque dudaba que le dieran otra oportunidad a alguien que en su segundo día de

trabajo abandonaba sus tareas.

Cuando llegó no le impidieron el paso, de hecho le dijeron que el gran jefe la estaba esperando, ahora sólo necesitaba que sus dos víctimas estuvieran en el lugar correcto, en el momento correcto y listo. Se detuvo en el pasillo pues al final de este estaba Erick platicando de espaldas a ella con la urraca con patas, la muy ladina le hizo un gesto con los labios diciéndole «mío» y tenía toda la razón, porque Jane prefería verlo al lado de una mujer que si estaría en la tierra en lugar de sufrir la ausencia de un fantasma.

Costándole la vida misma, sacó el pequeño arco con una flecha de punta de corazón, rezó para que su puntería fuera buena, la urraca la estaba animando con una mano a que disparará de una vez. Era todo tan irreal, parecía que estaba mirando a través de una mira de francotirador, apuntando a Erick.

Era fácil, tenía que contar hasta tres y después soltar la flecha, tensó la cuerda todo lo que daba, y respiró profundo, ella podía hacerlo, era una mujer valiente, «eres una mujer valiente Jane» se repetía porque por momentos no estaba muy convencida de eso. Sus manos estaban sudando, y todo parecía en cámara lenta, era definitivo, cerró los ojos porque no quería ver el momento exacto en el que perdiera al amor de su vida para siempre. Era todo, era el fin, sintió que algo le quemaba en un brazo, asombrada volteo la mirada para ver que una flecha la había disparado directamente, giró la vista para ver que Erick, también tenía una flecha igual a la suya, pero estaba segura que no había alcanzado a disparar su arco.

Miró para atrás para ver que el estúpido pañaludo le había disparado a ella, y el muy ladino sonreía como si hubiera ganado la lotería, estaba a punto de ir a reclamarle por haberla herido cuando un fuerte dolor de cabeza la doblo sobre el piso, era tan inmenso que no tardo más que segundos para que su mente cayera en la inconciencia.

El dolor por fin había remitido, sentía una inmensa paz que la dejó descolocada, abrió los ojos y se dio cuenta que estaba sentada en una silla de su oficina donde trabajaba con la urraca, se miró el brazo y ya no le dolía como antes, estaba de nuevo donde comenzó todo. Tal vez todo fue un simple sueño del que apenas comenzaba a despertar, aunque más que sueño le había parecido una pesadilla.

—Cielo, creo que la bella durmiente se ha despertado—saltó del susto que le provocaron esas palabras, giró la vista y se dio cuenta de que su jefa alias la urraca estaba tan cómoda sentada al lado del pañaludo, ¡vale no usaba pañales! Pero después de la golpiza que le pondría seguro que los necesitaría.

— ¿Esto es una broma?—dijo al verlos tan felices, como si nada hubiera pasado.

—Deja de decir eso, es que acaso eres lenta, te has pasado diciendo “es una broma” a todo lo que decimos—esa mujer estaba llevándola al límite de su paciencia, en cuestión de segundo se lanzaría sobre ella. —y bien, que te pareció tu aventura como cupido. La sola mención de ese pañaludo le hizo enfurecer más, que se creían ese par de idiotas para jugar así con su vida y sus sentimientos.

—Tú—dijo levantándose y señalándolo con el dedo, ese pañaludo no sabía lo que le esperaba—como demonios se te fue a ocurrir dispararme con tu flecha, sabía que te drogabas pero de ahí a tener una pésima puntería estaba un abismo.

— ¿Quieres calmarte angelito?

— ¡¿Qué me calme?! —gritó enfurecida sin importarle si alguien la escuchaba, pero de ahí no se iba sin antes cantarle sus verdades a ese par de seres diabólicos. —son los seres más despreciables que he tenido la desgracia

de conocer, me han utilizado, tú urraca con patas, aprovechándote de mi trabajo, ya estarás contenta ahora tienes una nueva oportunidad en la tierra gracias a mí.

Tan sumida estaba en todo su monologo que la bofetada que le dieron ni siquiera la esperaba.



Capítulo 13

—Nunca pensé que fueras tan tonta angelito—Kate alias urraca con patas caminaba de un lado a otro, mientras comenzaba a reprenderla.

— ¡Jane, me llamo Jane deja de decirme angelito!

—Como quieras Jane, el asunto es que nunca pensé que fueras tan tonta, te enviamos de vuelta para que vieras a Erick, porque nos cansamos de ver la cara de compungida que siempre tenías, pero se trataba de una prueba, tu tenías que conquistarlo, no que a la primera de cambio ahí vas y le dejas el camino libre a otra mujer.

Vale, ahora no entendía nada, no sabía si era producto de la bofetada o que pasaba, lo único que sabía era que ya podían haber sido más claros ese par de

estúpidos.

—Y no era más fácil decirme, Jane como vemos que estas muy triste te daremos una oportunidad de que vuelvas a la tierra, porque demonios armas todo este teatro.

—Porque eres corta de entendederas, necesitábamos que estuvieras convencida de que él era el hombre de tu vida. Que por cierto besa de miedo.

Ahora si no había quien la detuviera, se arrojó sobre esa despreciable mujer, nadie le impediría que la golpeará, no tenía ningún derecho a besar a su Erick. Lo único malo fue que cupido fue más rápido, y la detuvo antes de que llegara a ponerle una mano encima.

—Suéltame pañaludo, esa no sale viva de aquí, mira que atreverse a tocar lo que no es suyo.

—Tranquilízate angelito, fui yo la que le dijo a mi esposa que tenía que hacer, no te preocupes que tu príncipe azul no sintió exactamente nada.

— ¿Es tu esposa?, ¿la urraca con patas?, ¿se puede hacer eso en el cielo? ¿No es ilegal?

—Obvio no tonta, ahora escúchame con atención porque te quedan aquí por mucho dos minutos, regresaras al lado de Erick, y esta vez no lo echas a perder. Porque te vigilarémos, y puede que un día aparezcas flotando por ahí.

— ¡Es una amenaza! Juró que los acusaré con el todo poderoso si es necesario, todo es tu culpa cupido, eres un inepto.

—Adiós Janes.

En cuanto esas palabras fueron pronunciadas, las punzadas en la cabeza la atacaron de golpe, doblándola de nuevo, cerró los ojos porque el simple

reflejo de la luz le molestaba, vio como esos dos rufianes sonreían mientras ella se retorció del dolor, la voz de Erick llegó hasta ella como si de un bálsamo se tratara, las punzadas cada vez eran más débiles, cuando se dio cuenta de donde estaba, vio asombrada que estaba recostada en uno de los sillones de la que debía ser la oficina de Erick.

—Al fin de regreso —la voz de él, con ese tono tan preocupado le emocionaron tanto que una lágrima comenzó a rodar por su mejilla. —No llores cielo, enseguida llega el médico para revisarte.

No fue capaz de decir una palabra, el médico llegó después de unos minutos, y la revisó de pies a cabeza, como todos le preguntó si había tenido alguna contusión, a lo que ella respondió que no, al parecer todo era normal, pero no le gustó mucho lo de las punzadas en la cabeza, así que le dio cita para ir a un consultorio especializado en esos temas. En cuanto se fue dejándole el medicamento pertinente, el silencio incomodo se apodero de la oficina Erick la miró como si no pudiera creer que ella estaba ahí de nuevo.

Se acercó a ella tomando su rostro entre sus manos, para darle un suave beso que a Jane le supo a gloria, era como si por primera vez supiera el lugar exacto donde debería estar, y para bien o para mal ahí se quedaría para siempre.

—No vuelvas a marcharte cielo—dijo mirándola a los ojos, obviamente no se marcharía así tuviera que pelear con el mismísimo demonio.

—Tenía que marcharme...—dijo despacio, aunque en realidad no tenía que decirlo muy alto porque estaban demasiado juntos como para no escuchar sus palabras.

—Lo sé, pero estas aquí, y esta vez no te iras nunca. Aunque contaré hasta tres por si quieres dar marcha atrás, pero si después de eso no te marchas

serás mía para siempre.

—Esto no es el jardín de niños, donde cuentas hasta tres. —dijo sonriendo por la ocurrencia.

—La última vez te marchaste antes de que empezara a contar. Y esta es tu última oportunidad. Uno...dos...

— ¿Estás loco?—sonrió al ver que se acercaba para darle un suave beso. Suspiró porque ni ella misma se creía lo que estaba sucediendo, lo único que pensaba es que nunca en su vida había sido tan feliz como en ese momento. Acercó más su rostro al de él, para susurrar muy cerca de sus labios—tres...



Epilogo

Dos años después...

— ¡¿Qué quieres hacer qué?!—vale el jefe de recursos humanos seguía sin poder mirarla, pero tenía que pedir ese favor a como diera lugar.

— ¡Necesito empleo!

—Sabe tu marido que estas pidiendo empleo en su empresa.

—Oh él no dirá nada, ya sabes, sólo échame una mano.

—Mano es la que me va a echar él a mi como me convenzas de esta locura.

— ¡Vale! No me ayudes, pero que sepas que por eso estas solo, por tu carácter horrible, toma—dijo Jane tendiéndole una pequeña cajita con unos

chocolates dentro— ¡feliz día de san Valentín!

Sonriendo salió de la pequeña oficina de recursos humanos, vale no quería empleo, lo único que quería era sacar de quicio a ese hombre. Tal vez algún día se llevarían bien, bueno era hora de darle su regalo del día de los enamorados a su adorado esposo, no era nada especial, de echo eran unas esposas forradas de peluche, para recordarle aquella noche cuando lo ató a la cama, puf de sólo recordarlo le daban espasmos en el cuerpo. Llegó a la oficina de su esposo, si como lo oyen bien, «esposo», porque cinco meses atrás habían dado el sí acepto en una pequeña iglesia, no tocó la puerta porque quería darle una sorpresa, pero la sorprendida fue ella cuando vio que toda la oficina estaba llena de flores y corazones por todas partes.

— ¿Erick? —dijo al no verlo detrás de su escritorio, se giró para verlo arrodillado delante de ella, si algo así al estilo de una película romántica.

—Nunca pensé que sería posible amar a una persona, conocerla de la misma manera en la que te conozco a ti, pero te amo tanto, que no imagino la vida a tu lado.

—Erick—dijo prácticamente llorando de la emoción.

—Feliz día de los enamorados Jane, te amo.—dijo al momento en que se levantaba y le tendía una hermosa caja de terciopelo alargada, la abrió lentamente para encontrarse con un hermoso collar con la inicial de su nombre en medio de un corazón, que era atravesado por una flecha.

—Y yo sólo te he comprado unos chocolates—dijo tocando el dije casi con adoración, bueno en realidad tenía dos regalos, pero uno tardaría aun unos meses en llegar.

—Mi mejor regalo siempre serás tú.

Jane no pudo menos que sonreír, pero es que chicas quien se podría resistir a un hombre así, desde luego ella no. ¡Feliz día de los enamorados!



Fin

